



## Capítulo 153 - Tu primer objetivo.

Vergil miró fijamente el orbe azul brillante en su mano, con una expresión que oscilaba entre la confusión y la incredulidad. "¿La Emperatriz Dragón de Platino?", repitió con voz cargada de escepticismo. "¿Estás bromeando, ¿verdad? ¿Cómo es que...?". Giró el orbe entre sus dedos, examinándolo con atención.

Azazel se encogió de hombros, con una sonrisa pícaro en los labios. «Nunca bromeo con contratos, joven Rey Demonio. Esa dama de dentro fue un serio problema hace siglos. Conseguí este orbe hace tiempo, pero es inútil. No coopera. Está sellada ahí para evitar que incinere la mitad del plano material... otra vez. Créeme, tienes en tus manos algo más valioso que el mismísimo infierno».

Vergil entrecerró los ojos. "¿Y por qué me das esto ahora? Parece algo que querrías mantener alejado de cualquiera, especialmente de mí."



Azazel rió entre dientes, cruzándose de brazos. "Ah, no te equivocas. Pero considera esto... una inversión. Si sobrevives a la misión, el poder de la Emperatriz podría ser útil para mantener el equilibrio que tanto valoro. Y si no..." Hizo una pausa dramática, guiñándole un ojo. "Bueno, digamos que tendría una nueva oportunidad de regresar al mundo."

—Acabas de decir que es inútil —respondió Vergil, mirándolo fijamente con una expresión de indiferencia.

Azazel soltó una breve carcajada, como si la respuesta de Vergil le hiciera gracia. "Ah, sí, técnicamente es inútil para mí. Pero verás, la inutilidad es relativa. Para mí, alguien que no tiene tiempo para lidiar con un dragón arrogante que no obedece órdenes, es un peso muerto. Pero para ti..." Señaló



a Vergil con una sonrisa maliciosa. "Podría ser justo el tipo de caos controlado que necesita un Rey Demonio en ascenso."

Vergil entrecerró los ojos mientras apretaba el orbe con más fuerza. "¿Entonces me estás dando un problema de dragones y lo llamas un regalo? ¿Qué clase de líder ofrece eso como recompensa por su contrato?"

Azazel se encogió de hombros, sin perder la sonrisa. «El tipo de líder que sabe cómo jugar las cartas que le tocan. Mira, chico, un dragón sellado es como un arma de doble filo. En las manos adecuadas, es un arma devastadora. En las manos equivocadas...». Dejó la frase sin terminar, con la implicación clara.

"Ah... Creo que es tan inútil para mí como para ti", dijo Vergil, jugueteando distraídamente con la esfera azul. "Me niego. Puedes quedártela". Añadió: "La chica Gremory ya tiene a la Emperatriz Dragón Escarlata trabajando con ella. No necesito algo tan... repulsivo".



"Ah, sí... Runeas Gremory. Impresionante la cooperación de ese dragón; es... complicado", dijo Azazel, frotándose la barbilla. "Además, parece que no te gusta depender de poder prestado. ¿Un maniático de las batallas?", preguntó Azazel con mirada penetrante.

"Prefiero caminar con mis propios pies", replicó Virgilio.

"Ah, qué lástima... Tenía muchas ganas de contárselo a Lucifer. Al fin y al cabo, la señora de ahí dentro le tenía cariño a ese tipo", dijo Azazel encogiéndose de hombros con indiferencia.

Vergil se quedó paralizado, sosteniendo el orbe en una mano, mirando a Azazel con los ojos entrecerrados. "¿Le tenía cariño al primer Lucifer? Eso suena como el comienzo de una historia trágica y sin sentido que no quiero oír."



Azazel se echó a reír, con sus alas negras temblando ligeramente mientras disfrutaba de la reacción de Vergil. «Eres directo, te lo concedo. Pero sí, tenía debilidad por ese cabrón».

Vergil puso los ojos en blanco, girando el orbe entre los dedos como si fuera una pelota de tenis. "¿Y qué esperas que haga con esto? ¿Guardarlo como reliquia familiar? ¿Usarlo como centro de mesa? Porque lidiar con un dragón histérico no está en mis planes."

Azazel dio un paso al frente, con una expresión ligeramente más seria, aunque su sonrisa traviesa permaneció intacta. «Mira, chico, estás al comienzo de tu viaje como Rey Demonio. El poder que tienes ahora es solo una fracción del que necesitarás para conservar tu título y sobrevivir a las tormentas que se avecinan. La Emperatriz puede ser una aliada peligrosa, pero en las manos adecuadas... es una fuerza imparable».

"¿Y si decido tirarla a la basura?", replicó Vergil, con una sonrisa sarcástica en los labios.

Azazel ladeó la cabeza, como si realmente considerara la posibilidad. "Bueno, en ese caso, espero que nunca te enfrentes a algo tan grave como para arrepentirte de esa decisión. Porque, créeme, los problemas que se avecinan harán temblar hasta a los ángeles más orgullosos."

Vergil suspiró, su paciencia estaba a punto de agotarse. "¿Y crees que las amenazas veladas me convencerán? Típico. Mira, si quieres que me ocupe de este problema del dragón, tendrás que ofrecer mucho más que esto."

Azazel volvió a reír, retrocediendo un paso. "Ah, me caes bien, chico. Directo al grano, sin tonterías. Muy bien, mejoremos el trato". Hizo un gesto, y un pequeño y extraño libro apareció de la nada.





"Toma, estudios de runas demoníacas de clase suprema. Lo conseguí con mucho esmero de la mismísima Reina Bruja", dijo con una sonrisa. "Te quedas con el orbe 'inútil' y el libro".

Vergil observó el pequeño libro que flotaba en el aire ante él, con el escepticismo intacto. Extendió lentamente una mano, tomando el objeto con cuidado, como si esperara que explotara. "¿Runas demoníacas de clase suprema, ¿eh? ¿Procedentes de la mismísima Reina Bruja? Parece otra de tus trampas".

Azazel levantó las manos en un gesto exagerado de inocencia, y su sonrisa traviesa se ensanchó. "¡Oh, me hieres! Este es un regalo legítimo. Claro, para un demonio común, ese conocimiento no tendría ningún valor, pero para alguien con potencial luciferino... digamos que es revolucionario. Solo necesitas saber cómo usarlo".

Vergil exhaló con fuerza, guardando el libro en el mismo bolsillo donde había guardado el orbe. "Genial. Así que ahora, además de ser niñera de dragones, también soy estudiante de runas arcanas. ¿Algo más que quieras soltarme, ya que estamos?"

Azazel rió entre dientes, claramente disfrutando de la frustración de Vergil. "Créeme, me estoy conteniendo. Pero créeme, chico, esas runas podrían ser útiles. Sobre todo, para lidiar con ciertas entidades con las que seguramente te toparás. Considéralo una póliza de seguro contra el caos que se avecina".

Pasándose una mano por el pelo, Vergil miró al cielo de la azotea con una expresión de puro desdén. "Odio cómo a ustedes, los supuestos líderes, les encanta lanzar acertijos y sonreír como si eso fuera a resolverlo todo".





Azazel ladeó la cabeza, sin dejar de sonreír. "Ah, pero el juego es mucho más divertido así, ¿no crees? Al fin y al cabo, ¿qué es el poder sin un poco de misterio?"

Vergil se dio la vuelta, claramente harto de la conversación. «Si ya terminaste de filosofar, tengo mejores cosas que hacer. Como ignorar todo esto y disfrutar del día. Si necesitas algo más, ya sabes dónde encontrarme».

Apenas había dado dos pasos cuando se oyó la voz de Azazel, despreocupada, pero con el inconfundible peso del caos inminente. «Ah, una cosa más que casi olvido mencionar», dijo, como si estuvieran hablando del tiempo.

Vergil se detuvo a medio paso, exhalando un largo suspiro de frustración mientras se giraba para mirarlo. "¿Y ahora qué?"

"¿Tu primer objetivo? Ya está aquí."

Antes de que Vergil pudiera responder, el sonido de cristales rotos llenó la habitación. El impacto fue ensordecedor; fragmentos de la ventana volaron en todas direcciones. Una figura irrumpió entre los escombros; su presencia era tan intensa que pareció absorber el aire de la habitación.

Era una mujer de cabello blanco como la nieve, ojos dorados que brillaban de furia y orejas felinas que se movían con cada movimiento. Tras ella, se desplegaban alas angelicales negras, y en sus manos, una lanza latía con una energía oscura y siniestra.

"¡¡AZAZEL!!!", rugió, su voz cortando el aire como un trueno. Sin dudarlo, se abalanzó sobre el ángel caído, con su lanza brillando con intenciones asesinas.





Vergil se quedó inmóvil un instante, observando la escena con una mezcla de incredulidad y resignación. «Por supuesto. Porque claro que esto pasaría», murmuró, pellizcándose el puente de la nariz.

Azazel, por otro lado, parecía completamente imperturbable, esquivando su feroz ataque con la gracia de alguien demasiado acostumbrado a semejante caos. Una sonrisa juguetona se dibujó en su rostro cuando su lanza se acercó a centímetros de su cabeza. "¡Ah, Aisha! Qué placer verte de nuevo. ¿Estás de visita o simplemente redecorando mi casa, como siempre?"

La mujer no respondió, salvo un grito furioso mientras giraba su lanza para asestar otro golpe devastador. Azazel retrocedió ligeramente, como si bailara en medio del caos, antes de centrar su atención en Vergil.

—¡Ah, casi lo olvido! —dijo con un tono despreocupado, un marcado contraste con la violencia que se desataba a su alrededor—. Vergil, hijo mío, esta es Aisha. Será tu primera lección práctica. Mácala o convéncela de que deje de rebelarse. Tú decides.



Antes de que Vergil pudiera protestar o siquiera procesar del todo lo que estaba sucediendo, Azazel esbozó una última sonrisa traviesa y.... desapareció. Simplemente desapareció, como si nunca hubiera estado allí.

Vergil parpadeó, incrédulo, justo cuando Aisha giraba por el aire, dirigiendo su siguiente ataque directamente hacia él. "¿En serio? ¿Va a soltarme esto y desaparecer?" Miró el espacio vacío donde Azazel había estado momentos antes. "Típico. Absolutamente típico."

Volviéndose hacia Aisha, levantó a Yamato a la defensiva, observando con frialdad cada movimiento con su mirada penetrante. "Entonces, ¿eres la 'primera lección práctica'?", murmuró, con voz tranquila, pero con un dejo de irritación. "Genial. Esperemos que merezcas la pena."